Violencia y verdad en el cine de piratas

BASILIO CASANOVA
Trama y Fondo

Violence and truth in the films about pirates

Abstract
In the classic film about pirates *Captain Blood* by Michael Curtiz, the actual violence dwelling in the subject (i.e. the film main character) interweaves with the truth -subjective all the time -thereby allowing the drive to be written as desire. It is the presence of a assigner, who donates the main character in the film - the addressee- a story what makes possible for the drive to turn into desire. On the contrary, in the postclassic film *Pirates of the Caribbean: At World's End* by Gore Verbinski, there is no place for a genuine assigner, and, consequently, there is no place for a true story subject either. The absence of a symbolic arrangement to face up to drive violence is the cause why such violence ends up devastating the plot in postclassic movies about pirates (see the *Pirates of the Caribbean* series), which converts these postclassic films into a mere visual show.

Key words: Violence. Truth. Films about pirates. Classicism. Postclassicism.

Resumen
En el film clásico de piratas -*El capitán Blood*, de Michael Curtiz-, la violencia real que habita al sujeto -el protagonista del film- se atraviesa en la trama con la verdad, siempre subjetiva, permitiendo así que parte de la pulsión se escriba como deseo. Es la presencia de un destinador, que dona un relato al protagonista, la que hace posible esa escritura. En el film postclásico -*Piratas del Caribe: En el fin del mundo*, de Gore Verbinski-, al no haber lugar en él para un auténtico destinador, no lo hay tampoco para un verdadero sujeto del relato. La ausencia de un cauce simbólico para la violencia de la pulsión, es la causa de que ésta termine por arrasar la trama del film de piratas postclásico -véase la serie de *Piratas del Caribe*-, convertido así en puro espectáculo visual.

Palabras claves: Violencia, verdad, cine de piratas, clásico, postclásico

El doctor Blood, un hombre de paz

Vayamos con el primero de los textos que constituyen nuestro objeto de análisis.

Su título, *El capitán Blood* (*Captain Blood*, 1935).

Su director, Michael Curtiz.

Y por cierto que el nombre del director del film se escribe justo allí donde dos espadas se cruzan. En el punto mismo de ignición.

Sin embargo, como tendremos ocasión de comprobar de inmediato, el protagonista del film, el doctor Peter Blood, confesará ser un hombre de paz.

Un hombre, pues, que ha decidido no querer saber nada de la violencia que, con toda seguridad, habita en él.

Y, sin embargo, el film nos muestra, en su arranque mismo, un cartel invitando a todo lo contrario. Es decir: una llamada explícita a las armas.

¡Leales hijos de Inglaterra, acabad con el usurpador! A las armas.

Y tras el cartel y su llamada a las armas, la llamada misma de la pulsión. Pues es lo propio de ésta empujar, presionar –y lo propio de los hombres cabalgarla.

La pulsión llama –lo están viendo ustedes– a la puerta del doctor Blood.

Un hombre que tiene también, como muestra este magnífico plano, su lado oscuro. Podríamos decir, también –anticipándonos a lo que vendrá más tarde–, su lado pirata.

Pero cuya mayor preocupación es, a estas alturas de su vida, regar los geranios de su dormitorio:

Dr. Blood: *Por si esto me lleva más de la cuenta, regad mis geranios, en especial los del dormitorio.*
Sra. Barlow: *Geranios. ¿Cuándo creceréis? Cualquiera diría que seguís en la universidad. ¡Geranios! Sólo vos pensáis en geranios cuando todos los demás hombres están luchando.*

Un hombre de paz que ha sustituido –él mismo lo dice mientras se mira complacido en el espejo– la espada por el bisturí.

Dr. Blood: *Pero tras seis años de aventura que podrían llenar seis vidas enteras, vine aquí, colgué la espada y cogí el bisturí. Me hice hombre de paz, no de guerra. Sanador, no asesino.*

Incluso más: como se declarará él mismo ante el tribunal que lo juzga acusándole de haber dado auxilio a un rebelde, un hombre *"completamente inocente"*.

Magistrado: *Peter Blood, ¿culpable o inocente?*
Dr. Blood: *Completamente inocente, desde luego.*
Magistrado: *¿Sois culpable o inocente? Debéis decirlo con las palabras adecuadas.*
Dr. Blood: *¿Es cuestión de palabras? Inocente. Y ya que estamos, me gustaría decir algo sobre la injusticia de encerrar a un hombre inocente durante tres meses en medio de tanta suciedad y calorina, y que me arrepiento de no haber intentado acabar con ese miserable que ocupa el trono.*

No es pues de extrañar que, para alguien así, instalado en el trono imaginario de su narcisismo –y de su pacifismo–, quien se sienta en el trono real –de Inglaterra– sea un *miserable*.

Blood será declarado por ello culpable de traición al rey y condenado a muerte.

Juez: *Es una temeridad enviar el alma de un hombre a las tinieblas, pero mi conciencia y mi amor hacia mi rey me obligan a repartir justicia. Así pues, caballeros del jurado, les insto a que, en vista de que Peter Blood ha admitido socorrer a un traidor a su rey, emitan un veredicto de culpabilidad para que sea ahorcado por la alta traición que ha cometido.*

Esta condena será sustituida por otra: la de la exclusión y la partida. Blood será deportado como esclavo a las Indias Occidentales, donde ten-

drá ocasión de conocer a Arabella, sobrina del gobernador de Port Royal y la persona que pagará por él la cantidad de diez libras.

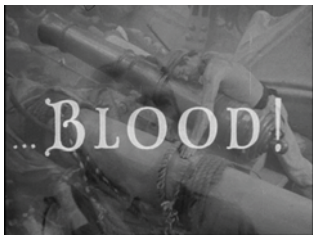
Pulsión y deseo

A partir de entonces se atravesarán en el relato fílmico dos ejes.

El del deseo:

La proa del barco del que es capitán Blood emergiendo en toda su envergadura.

Y el de la ley, aunque sea por la vía de su transgresión: el otrora *"completamente inocente"* doctor transformado en el más temido de los piratas.



Capitán Blood: *Los abajo firmantes somos hombres sin patria, fugitivos en nuestra propia tierra y parias sin hogar en las demás. Hombres desesperados en pos de un destino desesperado. Así pues, en este momento nos ligamos en una hermandad de bucaneros para ejercer el oficio de la piratería en alta mar.*

Hasta convertirse su nombre en el terror del Caribe.

Un nombre que resuena en la persona de aquel que encarna en el film la figura de Destinador: el rey.

Él es la causa principal del paso por la piratería del doctor, quien ha dictado su exclusión, es decir, su partida, haciendo de él un hombre, junto con los bucaneros que le acompañan, "sin patria".

Blood: Sangre

El capitán Blood sabe ahora, como pirata que es –lo lleva escrito en su apellido: *Sangre*– de la violencia que lo habita.

Violencia que el film no mostrará directamente; pero que sí será nombrada a través de las palabras de la mujer que le ama:

Arabella: *Actuáis como un pirata. Habéis comerciado conmigo y peleado por mí. Feroces como chacales.*

Nombrando así, entonces, su ferocidad –es decir, la violencia que habita en él.

Blood: *Pero pensé que lo entendíais.*
Arabella: *Yo sólo os odio y os desprecio.*
Blood: *Soy un ladrón y un pirata y os mostraré cómo negociamos nosotros. Vos me comprasteis por 10 míseras libras. Yo os he comprado por bastante más, pero eso es lo de menos. Ahora sois mía al igual que yo fui vuestro. Sois posesión mía. ¡Y puedo hacer con vos cuanto desee!*

Un verdadero destinador

Y es justo ahora –es decir: en el momento justo– cuando un emisario del Destinador hace acto de presencia en el film.

Soldado: *Capitán Blood, Lord Willoughby os envía saludos y solicita entrevistarse con vos cuando más os convenga. Le envía el Rey en persona.*

Un Destinador real que ya no sólo excluye y hace partir, sino que, además, dona, promete un relato.

Capitán Blood: *¡Muchachos! Acabo de recibir noticias fabulosas. Han echado al rey Jaime de Inglaterra y el buen rey Guillermo ocupa su lugar. Para mí esto lo cambia todo. Para los que erais esclavos junto a mí, significa que ya no lo somos. Que volvemos a tener hogar y patria.*

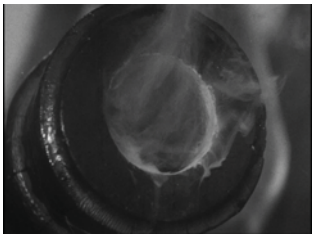
De ahí lo legítimo –y se diría también que lo heroico– de la tarea que a partir de ahora aguarda a Blood.

Y que pasa, en primer lugar, por demorar el encuentro con la mujer, y por hacer que ésta abandone un barco que ahora lo es de guerra.

Y por afrontar ambos, hombre y mujer, una soledad necesaria: la de la espera y la de la diferencia.

Porque antes de que el encuentro definitivo tenga lugar, será necesario pasar por cierto abordaje.

Y por un disparo también él decisivo.



Símbolo

Sólo entonces podrá ser "izado" un auténtico símbolo.

Y es éste el momento de recordar, con Jesús González Requena, que *"algo sólo alcanza el estatuto de símbolo si es constituido como tal en un relato mítico"*[1].

1 GONZÁLEZ REQUENA, Jesús, 2007: "La verdad está en el cofre", *Trama y Fondo nº 22, Símbolos e Imágenes,* Asociación cultural Trama y Fondo, Madrid, p. 10.

Ya no, pues, una bandera pirata, sino la bandera de Inglaterra, que ondeará en el mástil, ahora legítimo, de la nave abordada por el otrora doctor Blood.

La cifra tres cristaliza en el film, ahora que la violencia ha encontrado un cauce simbólico. O lo que es lo mismo: que existe una vía humana para la pulsión.

El encuentro amoroso deviene, entonces, posible.

Así como la existencia misma de un verdadero fin –literalmente: El Fin.

Ese al que apunta el barco que pone rumbo al horizonte –de la verdad del sexo y de la muerte, habría que añadir.

***En el fin del mundo* (humano)**

¿Qué ocurre con la violencia –y con la verdad– en un film de piratas postclásico como *En el fin del mundo* (*Pirates of the Caribbean: At World's End*, 2007). Basta detenerse un poco tanto en ésta como en las otras dos películas que forman la serie de *Piratas del Caribe*, para comprobar que no existe en ellas cauce alguno para la violencia, como tampoco hay lugar, en este cine, para la verdad. El espectáculo visual –y pulsional– está entonces servido, ya que no existe aquí la posibilidad de una trama simbólica –de un relato– que lo contenga.

Dos espadas invertidas, hundidas en la arena.

Un hombre y una mujer que, todo apunta a ello, acaban de hacer el amor.

Un hombre que sin embargo adora, más que ama, a esa mujer.

El hombre que se va.

La mujer, aterrorizada, que otea el horizonte.

Y el barco que desaparece.

Ningún barco aquí, entonces, surcando lo real; ni rumbo, ni horizonte.

Ningún compromiso tampoco por parte de ese hombre que lo que hace es esfumarse, dejando sola, y absolutamente aterrorizada, a la mujer.

Hay, eso sí, una diosa infernal ante la que todos se postran.

Y, claro, la única e infernal verdad que late en un cine, el postclásico, en el que la muerte no existe –los protagonistas no pueden morir y la serie se cierra provisionalmente con la imagen del capitán pirata Jack Sparrow, navegando en solitario, en pos de la fuente de la eterna juventud.

Única certeza que enuncia con precisión este otro capitán momentos antes de ser volatilizado junto con su navío.

Capitán: *Sólo es un buen negocio.*

Final clásico

Volvamos, ahora, al final clásico.

Como el que cierra ese otro espléndido film de piratas que es *The Spanish Main*, aquí titulado *Los piratas del mar Caribe*, dirigido en 1945 por Frank Borzage.

Un barco con rumbo al horizonte.

Una mujer que es tomada en brazos por el hombre al que ama.

Una puerta que se cierra.

Unas luces que se apagan.

Y el barco surcando las siempre procelosas aguas de lo real.

Qué mejor fin para la violencia, pues, que éste.